

---

## CAPITULO IV.

---

En que se trata de algunas aventuras dignas de un libro de caballería que pasaron por el valiente caballero D. Pero Nuñez de Lara.

Empecemos por decir que en la cámara del rey D. Alfonso VI, el de la Mano horadada, como le llamaban los árabes, al servicio inmediato del rey, como uno de sus escuderos, habia un jóven caballero que apenas pasaba de los veinticuatro años, y que se llamaba D. Pero Nuñez de Lara.

Este caballero habia nacido como si dijéramos en el alcázar, hijo de una dueña, de la madre de Alfonso VI, y del señor de la Cereceda D. Nuño Perez de Lara, copero del rey D. Fernando padre de Alfonso VI.

Desde niño, Pero Nuñez de Lara entró al servicio de don Alfonso, entonces infante y niño tambien, como paje, y cuando don Alfonso, huyendo de la crueldad y de la tiranía del rey don Sancho su hermano, fué á ampararse del noble rey moro de Toledo Almamun, le siguió siendo ya adolescente.

Acompañó á su señor el infante, durante el tiempo de su hospitalidad en Toledo, y cuando la ballesta del traidor Vellido Dolfos, mató junto al postigo de Zamora al rey don Sancho IV, el Bravo, á despecho del valor y de la lealtad del Cid, que en mal hora y porque Dios lo quiso, cabalgó sin espuelas y por lo mismo no pudo llegar á tiempo para evitar la muerte de su señor, y por consecuencia y despues del reto de Zamora, fué proclamado rey el infante bajo el nombre de Alfonso VI, Pero Nuñez de Lara, que entonces aún no habia obtenido el calificativo de don ó *dominus*, que es lo mismo que señor, porque aún no habia sido armado caballero, le siguió ya como su escudero, y llenando las funciones de tal, le acompañó en la série de combates en que el valeroso Cid, siempre ganoso de matar moros, metió á Alfonso VI, bien entendido, despues de haberle hecho jurar sobre la ballesta armada del asesino del rey D. Sancho el IV, en la puerta de

la iglesia de Santa Gadea de Búrgos, que no habia tenido parte ni directa ni indirectamente ni aún con el pensamiento en la muerte de su hermano.

En la primera batalla en que entró Alfonso VI, el Cid declaró con gran satisfaccion del rey, que este merecia bien la corona que de su malaventurado hermano el asesinado D. Sancho, habia heredado.

Y despues de hecha esta manifestacion que puso al rey más hueco que una alcachofa, el Cid, volviéndose á los de la comitiva real, fijó su noble y severa mirada en Pero Nuñez de Lara, y le dijo:

—No es razon ni puede sufrirse que un doncel como vos, que tan buen caballero se ha mostrado como yo he visto en la pelea, matando en el horno de ella más de treinta alárabes, de doncel se quede y á la ilustrísima órden de la caballería no alcance. Y así sin más esperar, y contando con la venia del rey mi señor, afinojaos, mancebo, que aquí ahora mismo caballero he de armaros por mi propia mano.

Y en efecto, allí, sobre el mismo sangriento campo de batalla, el Cid armó caballero, siendo padrinos el rey y la reina, aunque ausente, por manifestacion del rey, á Pero Nuñez de Lara.

El Cid le dió el espaldarazo, y en representacion de la reina calzóle Alvar Fañez la espuela, y en representacion de doña Jimena, la muy amada esposa del Cid, le ciñó la espada Diego Ordoñez de Lara, el del reto de Zamora, que era primo suyo.

El rey le alzó y le besó en la mejilla, y así, de esta honrosísima manera, y por manos de héroes, sobre el campo donde tan bravo se habia dejado ver, fué hecho caballero el doncel del rey Pero Nuñez de Lara.

Obligado sintióse con esto el valiente jóven á excederse á sí mismo, y estimulado además por la preclara fama de aquellos capitanes ilustres que al rey don Alfonso acompañaban y mantenian, de los cuales eran cabeza el Cid y el conde don Bermudez, quiso hacer tanto, que cuando habiendo avanzado el rey hasta el castillo y villa de Alcalá de Henares cuando se empeñaba en la conquista de Toledo, un dia, sin decir á nadie ni una palabra, á punto que amanecia, salióse de Alcalá por un postigo, armado de todas armas, y ansioso de aventuras, con que ilustrar su nombre, y andando su camino hácia Madrid, á poco que anduvo topóse con dos ginetes árabes que escoltaban dos acémilas, que, cargadas de dinero de los tributos que para la guerra que el cristiano

le hacia habia sacado á sus vasallos de una parte de la Mancha el rey moro, hácia Madrid iban.

Picó al caballo el bravo Pero Nuñez de Lara, y encomendándose á Dios, y con la lanza baja, arremetió á uno de los dos acemileros que las bestias conducian, y matóle, y á seguida mató al otro.

Y esto, para que mientras él se combatia con los dos negros africanos que las acémilas resguardaban, los acemileros con ellas no escapasen.

Los feroces bereveres, que armados de todas armas venian descuidados y á alguna distancia sobre sus poderosos caballos, cuando vieron el estrago que don Pero Nuñez de Lara en los dos de las acémilas habia hecho, requirieron sus adargas, terciaron sus lanzas, las enristraron, y se fueron á rienda suelta á encontrar al caballero cristiano.

Pero este se salió del camino al campo, giró para hacer que, separados los bereveres, no pudieran acometerle á un tiempo, y cuando por una hábil maniobra los tuvo un tanto separados, fuese como un rayo para el uno de ellos, y de un bote de lanza le hizo caer por la grupa, dejándole tan mal parado del golpe, que aunque no murió, ni muriera si la vida le dejaran, no pudo levantarse.

Acudido habia el otro berevere pretendiendo coger de través á don Pero Nuñez de Lara.

Pero éste apretó los acicates al caballo, tomó campo, y revolviendo sobre el otro moro, le encontró en medio del rostro de tal manera que le mató en un punto.

Hecho esto, don Pero Nuñez de Lara descalbó.

Se fué al que tenia más cerca y que estaba muerto.

Le desembarazó del capacete, y desnudando un yatagan corvo que llevaba con el filo por dentro á manera de hoz, cortóle la cabeza, y con ella asida por el mechón que los moros se dejaban, fuese al otro que estaba vivo y bien vivo y la cabeza le cortó tambien.

Tomóles las espadas y las adargas que eran bacaríes y muy buenas, y se fué á los caballos, y á su arzon ató por los mechones las cabezas, y en los caparazones puso las espadas y las adargas y encadenando los dos caballos y arreatándolos al suyo, á caballo montó y al camino volvióse y allí echó otra vez pié á tierra y cortó las cabezas á los moros de las acémilas y sobre las acémilas las puso, y arreatando tambien las acémilas, cabalgó y tomó la vuelta de Alcalá y llegando á su jurisdiccion por la tarde sin haber

tenido encuentro en el camino, que por él no andaban traginantes á causa de la guerra, como encontrase unos frailes anacoretas mendigantes que iban pidiendo limosna por los pueblos recientemente conquistados, repoblados y ya cristianos, les dijo:

—Vengan acá los frailes y tomen estos caballos y estas acémilas con estas armas y estas cabezas y con el tesoro que en las acémilas hay, y llévenselo todo de parte de don Pero Nuñez de Lara al rey mi señor, y díganle que por aquí se queda en busca de nuevas aventuras.

Y volviendo á pasar la frontera metióse otra vez en tierra de moros, y siguió hácia Madrid su camino, parando aquella noche en una verde floresta, bajo unos árboles, que verano era y bien podia pasarse la noche al sereno.

Y no se acostó sin cena el jóven caballero, que aunque él no se habia provisto de viandas cuando se salió de la Alcalá, hallóla y buena en las alforjas que en sus acémilas llevaban los moros, y provisiones tan abundantes que habia para tres dias ó cuatro.

Amaneció la riente aurora y con el himno que al Creador eultonan en tal hora las avecillas, despertóse, arrodillóse, oró á Dios para que le ayudase, y poniendo el freno á su caballo y apretán-

dole las cinchas, cabalgó y saliéndose de la floresta se metió por el camino real y siguió sin encontrar persona, porque como ya se ha dicho, el miedo á los cristianos tenia los caminos desiertos; llegó el mediodía y con él nuestro caballero al puente del Henares, que los moros habian cortado para impedir el paso á los cristianos, que por allí el rio iba ancho, profundo y crecido.

No se detuvo por esto don Pero Nuñez de Lara, sino que en el rio se metió con el caballo.

Y aunque el caballo era fuerte, al llegar al centro del rio la corriente fué más fuerte que él y le arrastró.

Nuñez de Lara cuidando que el caballo amenguase en sus fuerzas y al fondo del rio se fuese y él tuviese necesidad de salir á nado, empezó á deshevillarse las piezas del arnés para soltarlas cuando el caballo empezase á dar muestras de flaqueza.

Y como empezase á darlas porque la corriente se hacia de vez en vez más rápida y más potente, Nuñez de Lara arrojó los brazales y la coraza, y habiéndose hundido algo más el caballo, soltó las martingalas y los pernales; y como el caballo no tuviese ya más que el morro fuera del agua y esta le viniese á la garganta al caballero,

arrojó el morrion, y sin conservar más que la espada, en mangas y jubon de ante, tendióse á nado y á poco ganó la ribera derecha no sin irse dos leguas más allá del lugar por donde junto al quebrado puente en el río se había metido.

Y vió con contento, porque su caballo amaba el jóven caballero, que el valiente animal, ya fuese porque la corriente hubiese menguado en rapidez y en fuerza, ya por los esfuerzos propios del animal por libertarse de la muerte, hacía la ribera nadaba y á ella salía y se sacudía y á buscar á su amo relinchando se iba.

Examinó entonces don Pero Nuñez el lugar en que se encontraba y vió que era un hermoso jardin todo lleno de sombrosos árboles frutales y tapizado de flores, entre las cuales en un intrincado laberinto poblado de arrayanes, se extendían enarenados senderos.

Allá á lo léjos, entre los árboles, se veían las galerías y las torrecillas de un blanco edificio que debía ser una alquería de placer de alguno de los magnates de la cercana villa y fortaleza de Madrid.

Era la calurosa hora de la siesta, y por esto, sin duda, recogidos los moradores de la quinta, ninguno parecía.

Echó sus cuentas don Pero Nuñez de Lara, y

encontró que era prudente buscarse un lugar espeso en que ocultarse y esperar oculto á que la noche sobreviniese para con el amparo de las tinieblas acometer la empresa de sorprender á los que en la alquería habitasen.

Llegóse, pues, á su caballo, acaricióle, tomóle del freno, y por el lindero del río echóse á buscar lugar donde ocultarse pudiese.

Pero llegó á un fuerte muro que hasta dentro del río se entraba sin encontrar otra espesura en que ocultarse, que unos frondosos mirtos que junto al muro se encontraban.

Metióse, pues, entre ellos, encomendando á Dios su buena fortuna, trabó su caballo, y tendióse sobre la yerba al pié de uno de los viejos y copudos mirtos que con su sombra le defendían del sol, y con sus ramas que tocaban al suelo, de la vista de alguno de los de la alquería que por allí pasase.

La soledad, el canto de las ranas de las charcas inmediatas que entre el profundo silencio resonaba; la gran calor que á poco de haber salido del río había vuelto á sentir nuestro caballero, y la fatiga porque había pasado, todo esto fué parte para que á pesar del cuidado en que se veía obligado á estar, se adormeciese.

Adormecióse de igual manera el caballo, que

á no adormecerse, él, relinchando, vigilante, hubiera avisado á su amo de la presencia de una persona extraña en aquel lugar, que aconteció apenas pasaba media hora desde que caballero y caballo se durmieron.

Era esta persona una mujer, una jóven, casi una niña, y tan hermosa, que más que una criatura humana la hada de aquel verde y frondoso lugar parecía.

Era, en una palabra, esta criatura, Giazul, la que ya conocemos.

¿Por qué Giazul, la hija, á lo que parecía, del sacristan de la puebla de Alfagor estaba en el jardin de aquella rica y hermosa alquería que sin duda pertenecía á un gran príncipe?

La explicacion de esto requiere capítulo aparte.

---

---

## CAPITULO V.

---

### En que se decia quién era Giazul.

Diez y seis años antes, Hazema-ben-Kalib, kaid ó alcaide, como mejor queramos, de la guardia negra africana del rey de Toledo, volvió de una correría sobre las fronteras castellanas trayéndose algunos cautivos, mucho dinero y centenares de reses.

Entre los cautivos venia un noble caballero capitan del adelantado de Castilla sobre la frontera de los moros que el kaid Hazema-ben-Kalib habia cogido de sobre el campo lleno de heridas y áun moribundo.

Llamábase este caballero, que apenas si frisaba en los treinta años, Sancho Gutierrez de